

CAPÍTULO 19

La Gracia de Dios

Dios de toda gracia, cuyos pensamientos hacia nosotros son siempre pensamientos de paz y no de mal, danos corazones para creer que somos aceptados en el Amado; y danos mentes para admirar esa perfección de sabiduría moral que encontró la manera de preservar la integridad del cielo y sin embargo recibarnos allí. Nos asombra y maravilla que alguien tan santo y temible nos invite a Tu casa de banquetes y haga que el amor sea el estandarte sobre nosotros. No podemos expresar la gratitud que sentimos, pero mira Tú en nuestros corazones y léela allí. Amén.

En Dios, la misericordia y la gracia son una sola cosa; pero cuando llegan a nosotros se ven como dos, relacionadas pero no idénticas.

Así como la misericordia es la bondad de Dios que se enfrenta a la miseria y la culpa humanas, la gracia es su bondad dirigida hacia la deuda y el demérito humanos. Es por Su gracia que Dios imputa mérito donde antes no lo había y declara que no hay deuda donde antes la había.

La gracia es la complacencia de Dios que le inclina a conceder beneficios a los que no los merecen. Es un principio autoexistente inherente a la naturaleza divina y se nos presenta como una propensión autocausada a compadecerse de los desdichados, a perdonar a los culpables, a acoger a los marginados y a favorecer a quienes antes estaban sometidos a una justa desaprobación. Su utilidad para nosotros, hombres pecadores, es salvarnos y hacernos sentar juntos en los lugares celestiales para demostrar a los siglos las abundantes riquezas de la bondad de Dios para con nosotros en Cristo Jesús.

Nos beneficiamos eternamente de que Dios sea lo que es. Porque Él es lo que Él es, Él levanta nuestras cabezas de la prisión, cambia nuestras vestiduras de prisión por vestiduras reales, y nos hace comer pan continuamente delante de Él todos los días de nuestras vidas.

La gracia nace en lo más profundo del corazón de Dios, en el abismo terrible e incomprensible de su santo ser; pero el canal por el que fluye hacia los hombres es Jesucristo crucificado y resucitado. El apóstol Pablo, que más que ningún otro es el exponente de la gracia en la redención, nunca disocia la gracia de Dios del Hijo crucificado de Dios. Siempre en sus enseñanzas ambas se encuentran juntas, orgánicamente una e inseparables.

En su Epístola a los Efesios se encuentra un resumen completo y justo de la enseñanza de Pablo sobre este tema:

"Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo aceptos en el amado. En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia."

También Juan, en el Evangelio que lleva su nombre, identifica a Cristo como el medio a través del cual la gracia llega a la humanidad: "Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo."

Pero aquí es fácil perder el camino y desviarse mucho de la verdad; y algunos lo han hecho. Han obligado a este versículo a sostenerse por sí mismo, sin relación con otras Escrituras que tienen que ver con la doctrina de la gracia, y han hecho que enseñe que Moisés sólo conoció la ley y Cristo sólo conoce la gracia. Así, el Antiguo Testamento se

convierte en un libro de ley y el Nuevo Testamento en un libro de gracia. La verdad es otra.

La ley fue dada a los hombres por medio de Moisés, pero no se originó con Moisés. Existía en el corazón de Dios desde antes de la fundación del mundo. En el monte Sinaí se convirtió en el código legal para la nación de Israel; pero los principios morales que encarna son eternos. Nunca hubo un tiempo en el que la ley no representara la voluntad de Dios para la humanidad, ni un tiempo en el que la violación de la misma no conllevara su propio castigo, aunque Dios fuera paciente y a veces "guiñara el ojo" ante las malas acciones debido a la ignorancia del pueblo. Los estrechos argumentos de Pablo en los capítulos tercero y quinto de su Epístola a los Romanos lo dejan muy claro.

El manantial de la moral cristiana es el amor de Cristo, no la ley de Moisés; sin embargo, no se han abrogado los principios de la moral contenidos en la ley. No existe ninguna clase privilegiada exenta de la justicia que la ley impone.

El Antiguo Testamento es ciertamente un libro de ley, pero no sólo de ley. Antes del gran diluvio Noé "halló gracia ante los ojos del Señor", y después de que se diera la ley Dios dijo a Moisés: "Has hallado gracia ante mis ojos". ¿Y cómo podría ser de otro modo? Dios siempre será Él mismo, y la gracia es un atributo de Su santo ser. Él no puede ocultar Su gracia más de lo que el sol puede ocultar su brillo. Los hombres pueden huir de la luz del sol a cuevas oscuras y mohosas de la tierra, pero no pueden apagar el sol. Así los hombres pueden despreciar la gracia de Dios en cualquier dispensación, pero no pueden extinguirla.

Si los tiempos del Antiguo Testamento hubieran sido sólo tiempos de leyes severas e inflexibles, toda la complejidad del mundo primitivo habría sido mucho menos alegre de lo que encontramos en los escritos antiguos. No habría existido Abraham, amigo de Dios; ni David, hombre según el corazón de Dios; ni Samuel, ni Isaías, ni Daniel. El undécimo capítulo de Hebreos, esa Abadía de Westminster de los espiritualmente grandes del Antiguo Testamento, quedaría oscura y sin sustento. La gracia hizo posible la santidad en los días del Antiguo Testamento, como lo hace hoy.

Nadie se ha salvado jamás si no es por la gracia, desde Abel hasta el momento presente. Desde que la humanidad fue desterrada del Jardín del Este, nadie ha vuelto jamás al favor divino, excepto por la pura bondad de Dios. Y dondequiera que la gracia encontró a algún hombre fue siempre por Jesucristo. La gracia, en efecto, vino por Jesucristo, pero no esperó a su nacimiento en el pesebre ni a su muerte en la cruz para hacerse operativa.

Cristo es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. El primer hombre en la historia humana que fue reintegrado a la comunión con Dios vino por la fe en Cristo. En tiempos antiguos, los hombres esperaban la obra redentora de Cristo; en tiempos posteriores, la recordaban, pero siempre vinieron y vinieron por gracia, por medio de la fe.

Debemos tener presente también que la gracia de Dios es infinita y eterna. Como no tuvo principio, tampoco puede tener fin, y siendo un atributo de Dios, es tan ilimitada como la infinitud.

En lugar de esforzarnos por comprender esto como una verdad teológica, sería mejor y más sencillo comparar la gracia de Dios con nuestra necesidad. Nunca podremos conocer la enormidad de nuestro pecado, ni es necesario que la conozcamos. Lo que sí podemos saber es que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia".

Abundar" en el pecado: eso es lo peor y lo máximo que podríamos o podemos hacer. La palabra abundar define el límite de nuestras capacidades finitas; y aunque sentimos que nuestras iniquidades se elevan sobre nosotros como una montaña, la montaña, sin embargo, tiene límites definibles: es tan grande, tan alta, que sólo pesa esta cierta

cantidad y no más. Pero, ¿quién puede definir la gracia ilimitada de Dios? Su "mucho más" sumerge nuestros pensamientos en la infinitud y los confunde allí. Gracias sean dadas a Dios por la gracia abundante.

Nosotros, que nos sentimos alejados de la comunión con Dios, podemos ahora levantar nuestras cabezas desanimadas y mirar hacia arriba. A través de las virtudes de la muerte expiatoria de Cristo, la causa de nuestro destierro ha sido eliminada. Podemos volver como volvió el Pródigo, y ser bienvenidos. Al acercarnos al Jardín, nuestro hogar antes de la Caída, se retira la espada flamígera. Los guardianes del árbol de la vida se apartan cuando ven acercarse a un hijo de la gracia.

*Vuelve, oh vagabundo, vuelve
ahora, y busca el rostro de tu
Padre;
Esos nuevos deseos que en ti arden
fueron encendidos por Su gracia.
Vuelve, oh caminante, vuelve ahora, y enjuga la lágrima que
cae: Tu Padre te llama, no te lamentes más;
'Tis love invites thee near
William Benco Collyer*